

## VELAZQUEZ EN COLOMBIA

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

Constituye un grande acontecimiento en el mundo artístico y cultural y en la historia del arte la conmemoración del tercer centenario de la muerte del insigne pintor Diego de Silva y Velázquez, que vió la primera luz en Sevilla el 6 de julio de 1599, y cerró sus ojos a ella, después de haber llevado esa luz a sus magníficos lienzos, llenos de vida, el 6 de agosto de 1660. Aquí en América, donde este insigne pintor de la raza ha sido siempre admirado y estimado por los nuestros y por cuantos amantes tiene el arte de la pintura, la conmemoración de Velázquez tiene carácter de suceso familiar y propio, tal como acaece en España. Tras de los comentarios de orden periodísticos y de las conferencias de centros culturales, de la televisora y de las estaciones de radio, que se han dedicado al artista, se efectuará en Bogotá, en próxima ocasión, un acto en el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica y, allí mismo, una exposición de reproducciones de las obras del gran pintor sevillano.

A España le interesa seguramente saber cómo se entiende o se aprecia en el mundo hispanoamericano a este gran artista, cuya poderosa influencia es tan manifiesta en la pintura de los siglos XVIII y XIX y en la de la época actual que no se haya olvidado del patrimonio estético de la antigüedad clásica ni del de la era renacentista. Velázquez para nuestro pensamiento es el poseedor de la herencia de los grandes maestros del Renacimiento, y, a través de ellos, de la antigüedad clásica, pero de un modo individual suyo, que radica en el marcado realismo del artista. Porque es Velázquez no solo uno de los más acentuados pintores realistas de la escuela barroca, sino que lo es a su manera peculiar, añadiendo a ese realismo la serenidad propia de su espíritu y la elegancia de su equilibrado gusto estético, dentro de las cuales expresa su inspiración.

Elegantes y serenos son sus magníficos retratos, manifestación acertada de la señorial gravedad castellana, que tan cabal tradición tiene en América, y que tan auténtica expresión, en buena armonía con el expansivo genio andaluz, tiene en Colombia para llevarle a compenetrarse con la pintura de este maestro sevillano.

En este género de la elegante factura de los retratos se le asemeja su contemporáneo Van Dyck, intérprete de la distinción inglesa, que supo caracterizarla con tanto acierto como Velázquez a la española.

En esta pintura de corte le habían antecedido Ticiano y Rubens, entre otros, el primero de los cuales, pintor de Carlos V y de Felipe II, colorista insigne de la escuela veneciana, había dejado un ejemplo que hizo escuela y creó tradición. En España Sánchez Coello, pintor de Felipe II, había dejado aquel magnífico retrato de este gran rey que se conserva en El Prado, en el que se ve al monarca con el rosario entre los dedos, y ante el cual se detuvo alguna vez reflexivo Napoleón I. Autor fue también Sánchez Coello del conocido retrato de don Juan de Austria, con media armadura y con el león que halló en Túnez, echado a sus pies; este león que como símbolo de su bravura y de su gallardo señorío, le seguía como dócil lebel.

Eran aquellos dos artistas pintores de la grandeza monárquica y del ideal hispánico de sus grandes reyes y príncipes, que indudablemente legaron una tradición que Velázquez mantuvo en sus obras, con la que realizó las efigies de otros personajes de su tiempo, que no tenían la misma genialidad de estadistas o guerreros, pero que aún regían el imperio de sus antecesores.

Cuando Velázquez pintaba figuras mitológicas no les daba el carácter de semidioses que griegos y romanos comunicaron a sus creaciones, ni tampoco el sentido carnal, festivo o báquico que daba Rubens a sus obras de este género. Velázquez es tan realista en esta materia que sus dioses mitológicos son seres muy humanos, vivos, reales y tangibles, perfectos en punto de dibujo y de ejecución pictórica. Se confunden con las estupendas representaciones de Menipo, Esopo y otras tales; y principalmente en la más realista y caracterizada de ellas, *Los borrachos*, donde Velázquez muestra su afinidad estética con Cervantes o Lope, entre los escritores clásicos, o con Pereda o Galdós, entre los modernos, si entrásemos a comparar las obras de arte pictórico con las de la república de las letras.

Los cuadros de carácter religioso son piedra de toque de los grandes pintores, y en ellos muestra también Velázquez su propio y personalísimo estilo, asimismo realista, sereno y elegante. La unción mística de esta clase de obras pone presente la vena emocional de Velázquez: en ellas, juntamente con la elegancia de la composición y con la grave y serena expresión de las figuras, expresión serena pero no exenta de sentimiento ni de emoción, se advierte la noble afección con que el pintor concibe e interpreta el tema del cuadro, la sinceridad de creyente con que compone y desarrolla cada escena.

Si fuéramos a parangonarle con otros pintores de asuntos religiosos hallaríamos marcadas diferencias, pero no menor sinceridad ni menos fe.

El Greco era una constante aspiración a lo espiritual y ascético; sus figuras son como llamas de místico fuego y de místico amor que ascienden a la altura; son, pese a la nacionalidad griega del autor, expresión purísima de la mística española, fielmente trasladada al lienzo. Diríamos que es el equivalente en pintura de la sublime grandeza de San Juan de

la Cruz en la poesía. Velázquez podría parangonarse, dentro de este género de comparaciones artísticas y religiosas, a fray Luis de León; y si se nos permite la expresión, se podría, por esta afinidad sentimental, decir que es una pintura horaciana, como las odas del vate salmantino.

A tres obras religiosas de Velázquez quiero aludir: primeramente a la *Adoración de los Reyes Magos*, que se admira en El Prado, en donde la delicadeza conceptual se une a la naturalidad propia del autor, y a la espiritualidad, y aún ternura de sentimiento y de unción propia de los más inspirados pintores religiosos. Se acerca en este cuadro Velázquez a la emotividad de Murillo en obras como la *Adoración de los pastores*, en la cual éste, por el vigor y la realidad, se acerca a Velázquez, y aún le iguala.

Aquella obra, que se atribuyó a Zurbarán en una época, permaneció por largo tiempo en El Escorial, sin que se reparara mucho en ella; mas no es solo ahí donde estos dos pintores concuerdan en cierto modo, sino en aquella otra donde Velázquez desarrolla un tema caro a Zurbarán: la vida monacal, que trató en el cuadro de *San Antonio Abad y San Pablo, primer ermitaño*.

En segundo lugar he de referirme a la *Coronación de la Virgen*: es un cuadro hermoso, aunque sin la celestial inspiración con que el Greco supo expresar tan elevados y grandiosos temas religiosos como son éste y de la *Asunción de Nuestra Señora*. Empero, Velázquez lo hace con la majestuosidad y la elegancia propias del temperamento del artista.

En este cuadro, además, se ostenta un bello colorido, que tiene reminiscencias o influencias del arte veneciano.

Pero la mejor obra de Velázquez en este género religioso es el famoso Cristo llamado de San Plácido, que preside en El Prado el conjunto de sus cuadros en la sala dedicada al gran pintor. Con razón se ha dicho que parece que todo cuanto hizo anteriormente Velázquez fuese preparación para llegar a ejecutar este Crucifijo lleno de sublime majestad, de serenidad trágica; obra de alta inspiración religiosa y estética que, volviendo a las comparaciones literarias, une el pincel del artista con la pluma de fray Luis de Granada.

Allí la sensación de la divinidad del Señor Crucificado y la humanidad martirizada del Hijo del Hombre; dolor humano divinamente transfigurado en majestad divina.

Ante este Cristo se viene a la memoria la oda, digna de tan inspirada pintura, en que la cantó Gabriel y Galán, donde el poeta muestra que no solo la inspiración artística, sino además el amor le acercaron la visión del Señor Crucificado, que supo tan felizmente plasmar en el lienzo;

*"lo vió como era,  
lo sintió Dios y mártir a un tiempo".*

Ribera, que rayó tan alto en la inspiración trágica, y que se alzó por encima del sevillano en otros cuadros, no le supera en ninguno de ellos por este aspecto ante el Cristo famoso. Otro crucifijo tiene Velázquez, recientemente llegado al Museo madrileño, pero, con ser obra estupenda, como suya, no es superior al de San Plácido.

Ribera fue también dulce y suave como Murillo, y así lo demuestra su cuadro de la *Adoración de los pastores* que posee en el Louvre, y el del mismo tema que se conserva en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, si en realidad es suyo este cuadro; allí se encuentran los dos artistas empapados en la misma emoción española ante el misterio de la encarnación y ante la cuna de Belén.

Entre la diversidad y multiplicidad de obras de unos y otros pintores españoles, mutuamente se igualan o superan entre sí. Así, por ejemplo, Velázquez es superado por Ribera si se compara su lienzo de *Cristo después de la flagelación* con el *Descendimiento de éste*; y superado por Ribera, por Murillo y por Zurbarán en la *Inmaculada Concepción*, no en la delicadeza de la imagen sino en la mayor intensidad de inspiración religiosa, si los varios lienzos de éstos se comparan con el de Velázquez del propio asunto; pero ni Murillo ni Zurbarán llegan jamás a sobrepusarle en otras grandes cualidades de perfección de forma y de técnica, ni alcanzaron tampoco a vencerlo en las obras de amplia composición.

Como pintor de cuadros históricos, *La Rendición de Breda*, nos enseña el buen gusto y el acierto con que supo tratar el tema; obra es ésta que se ha hecho célebre además por el ademán cortés, de auténtica caballerosidad e hidalguía española, del vencedor para con el vencido, que supo el artista caracterizar en la actitud del marqués de Spínola, que en el cuadro recibe de manos de Nassau las llaves de la ciudad.

Dos lienzos de escenas de costumbres, uno de la intimidad de la corte de Felipe IV, *Las Meninas*, y otro del interior de una fábrica de tapices, *Las Hilanderas*, son testimonio de la habilidad del artista para esta clase de composiciones, y para dar perspectiva de profundidad a sus cuadros de interiores. En estas obras, principalmente, y en *La Fragua de Vulcano* se señala el pintor en la habilidad para envolver las figuras del propio ambiente y luz que las rodean y que realzan su realismo dentro de una asombrosa perspectiva aérea.

La técnica de Velázquez se ha considerado por no pocos críticos de arte como la más perfecta que ha alcanzado la pintura, y a él mismo, como lo afirma Salomón Reinach, en su breve historia del arte, *Apolo*, como el mejor pintor del mundo. Las características que distinguen dicha técnica o forma de ejecución, son aquellas en que más que a los detalles, en que se detenían los artistas flamencos, se busca la apreciación del volumen y realce de los objetos, efecto alcanzado por la precisión de los valores de luces y sombras y por la sensación que el conjunto ofrece al ser contemplado el cuadro a cierta distancia que permite apreciar el aspecto de realidad que presenta. Se considera por ello a este artista como verdadero precursor del impresionismo.

Confirma este efecto de verdad la famosa pregunta de Teófilo Gautier, hecha ante el cuadro de *Las Meninas* para ponderar el realismo de la obra: "Pero, ¿dónde está el cuadro?"

Velázquez es todo lo contrario de lo que son los pintores de las escuelas abstractas; es concreto y muy concreto; realista, y pintor en que este realismo no le impide idealizar las cosas más sencillas; artista a quien de esa concepción realista, tan característica del pensamiento y del genio español, se le ve elevarse, como se ha dicho, a la inspiración delicada o sublime de los misterios religiosos; a la elegancia de los retratos de corte y a la gracia de las escenas costumbristas.

Porque la técnica de la pintura, o sea todo el conjunto de conocimientos que este arte demanda, tienen como fin expresar las ideas del pintor en las muchas clases y géneros de ellas que el artista llegue a concebir. Tales normas, prácticas y procedimientos son a la vez a la pintura o a los demás géneros de artes plásticas, como es la gramática y sus diversas partes a la literatura. El estilo que distingue a cada pintor no es, ni más ni menos, que cosa análoga al que señala a cada literato, esto es, lo que muestra las cualidades suyas.

De nada servirían la analogía, ni la sintaxis, ni la prosodia ni la ortografía si no se aplicaran a la expresión de las ideas, puesto que son el verbo con que Dios ha dotado al hombre para que las ponga de manifiesto. Lo propio acontece en el arte de la pintura, donde ni los colores, ni sus contrastes y combinaciones, ni las líneas rectas o curvas, ni las figuras geométricas o caprichosas tienen valor expresivo en abstracto, sino cuando el genio guía la mente del artista, cuya mano les pone al servicio de la expresión concreta, para sacar a luz, ornadas por la belleza de la forma, por la gracia de la composición y por la brillantez del colorido, las concepciones inspiradas al artista por la fe, la poesía, la historia o los hechos de la vida cotidiana, los caracteres de los hombres o la hermosura de la naturaleza.

Así las letras y las artes se enlazan en la misma finalidad, realizada en cada caso según la naturaleza de su forma de expresión. En Velázquez tal expresión era vívida, armoniosa y bella, y el *Splendor veritatis* por él realizado suspende y deleita el ánimo de quien contempla esos lienzos maravillosos, ante los cuales, como sucede con los de todos los grandes pintores, suele detenerse el hombre dotado de aguda sensibilidad estética, dejando correr el tiempo sin decidirse a dejar aquella cosa bella que le retiene, que le habla y le presenta escenas o seres que interesan a su fantasía, aunque nada sepa de tecnología artística, como se embelesa en la contemplación de un cielo estrellado y hermoso el que nada sabe de astronomía.

Acaso la admiración que Velázquez sentía por el Greco, al que se parece en la ejecución, más no en el dibujo, contribuyera a formar en él la técnica fácil, jugosa que ha transmitido al arte contemporáneo.

El genio pictórico de Velázquez y su influencia artística se han dilatado a través de los años; muy claramente se aprecia este hecho al pasar del Prado al Museo de Arte Moderno de Madrid o al visitar la Casa

de Sorolla: allí se puede observar la técnica de Velázquez en los lienzos de los mejores artistas de España, y advertir que, a pesar de la recia personalidad del pintor valenciano, o del no menos enérgico pincel del vasco Ignacio Zuluaga, la escuela de Velázquez se manifiesta en ellos como En Rosales, Casado del Alisal, Muñoz Degraín, Manuel Ramírez, Moreno Carbonero, Benedito, López Mézquita y tantos otros más.

¿Existe alguna similitud o afinidad estética entre Velázquez y Goya? Tema es éste que pide muy detenida exposición; en materia de técnica sin duda que hay analogía, pero son espíritus, aunque muy españoles, muy diversos; les separan dos épocas históricas disímiles, aunque les une el vigoroso realismo de sus paletas.

En Colombia es preciso señalar al pintor Epifanio Garay como auténtico discípulo de la escuela que arranca de Velázquez. Por el estudio de las obras del gran sevillano, cuyo Cristo copió con rara habilidad y maestría, Roberto Pizano llegó a ser un entusiasta pintor de esta escuela; aunque ambos artistas colombianos mostraran estilo propio y vigorosa personalidad artística.

La paleta de Leudo, presenta señalados nexos con el gran artista de que hablamos. Díaz Vargas, muerto hace poco tiempo, era un gran pintor, representante, como lo fue Efraín Martínez, y otros muchos que sería largo enumerar, de la escuela velazqueña en Colombia; hoy Gómez Campuzano mantiene con lujo la tradición de los pintores de esa generación y de ese estilo.

En las obras de estos pintores se advierte cuan cerca está de nuestros artistas el insigne maestro español, que después de tres siglos gana batallas como el Cid en la reñida controversia del arte contemporáneo; su estilo y su forma de expresión se hallan hoy tan vivos como la sorprendente frescura del color de sus lienzos en el Museo de El Prado, que parece símbolo de la supervivencia del pintor.

Y esto prueba a su vez que así como en el arte literario Colombia tiene tan justa fama de buena hablística de la lengua española, y ha tenido en sus clásicos una generación de escritores que florecieron, con no inferiores méritos, al par de los contemporáneos suyos de la Península del segundo siglo de oro español, así también en el divino arte de Apelles han florecido y sobresalen hoy los discípulos de la escuela de Velázquez, a la vez con esa gran generación de pintores que en España y en Francia, lo mismo que en otras naciones, han seguido la ruta señalada por este famoso pintor, que supo reunir la perfección de la forma como dibujante impecable, la brillantez de colorido que se admira en Ticiano, la vigorosa ejecución que ostenta Rubens, la elegancia de que hacía gala Van Dyck, y, en momentos señalados y felices, no solo un estilo maravilloso como el del Greco, sino aún la emocionada sensibilidad del prodigioso intérprete del alma de Toledo.

Sea o no verdad que el rey Felipe IV trazó la cruz de la orden de Santiago para honrar al artista sobre el pecho de Velázquez, en el cuadro de *Las Meninas*, es éste uno de aquellos hechos que merecen ser ciertos, porque el autor que dio tanta gloria a España con sus obras debe contarse entre los caballeros santiaguistas.